



Sobre el boom de JUEGO DE TRONOS

LUIS FERNANDO
AFANADOR

1

Juego de tronos es la serie de televisión más vista de la historia. Cada temporada es esperada con ansiedad y los comentarios de cada uno de sus episodios son tendencia en las redes sociales. ¿A qué se debe la fascinación que ejerce en millones de personas de diferentes edades, géneros, países y niveles culturales? Algunos se lo atribuyen a la novedad de matar a los personajes con los que se encariña el público: buenos o malos, prometían ser personajes principales. Otros, a la creación de un mundo autónomo, que combina lo fantástico y lo real, lo mítico y lo histórico; a su exceso de violencia, sexo y ambición de poder: los más básicos instintos humanos sin la talanquera de lo políticamente correcto; al protagonismo de sus mujeres; a su costosa producción, que mezcla exóticos paisajes y edificaciones reales con diseños de computador; a la épica de sus batallas, o simplemente, a la épica, propia del cine y de la literatura, no de la televisión; al talento de sus guionistas, David Benioff y D. B. Weiss, que supieron ver todas las posibilidades de éxito que había en *Canción de hielo y fuego*, una saga de culto del escritor George R. R. Martin, en la cual se basaron.

2

Todo vale en *Juego de tronos*, todo vale en sus contenidos y en su forma. En apariencia, se trata de una historia que ocurre en una época parecida a la Edad Media. Los dos reinos más importantes de Poniente —compuesto por un total de siete que serán alternativamente aliados y enemigos— se disputan un trono, el Trono de Hierro, luego de la muerte de Robert Baratheon, el Usurpador. Una trama que, según el propio Martin, fue inspirada en la Guerra de las Dos Rosas, un prolongado y sangriento conflicto por la sucesión del trono de Inglaterra tras la muerte de Eduardo III, que en el siglo xv enfrentó a la casa de los Lancaster (Lannister) y los York (Stark): “A lo largo de años y años de guerras, con sucesiones en el trono, pactos, traiciones y subidas y caídas de los diversos reyes, se pueden apreciar en la historia

semejanzas claras entre los personajes históricos y los de ficción. Así, en Margarita de Anjou se puede ver a la pérfida Cersei y en Eduardo de Westminster al canallesco y odiado Joffrey. También en la trayectoria a la corte y fuera de ella apreciamos en Richard de York al mismísimo Ned Stark, así como una serie de personajes menores” (Cuéllar, 2015).

3

Una Edad Media *sui generis* de la cual apenas percibimos algunos indicios: el juicio de prueba, un juicio por combate para dirimir los conflictos; remanentes de mitología pagana; una secta que cree en la resurrección; una bruja; una ciudadela con bibliotecas y maestros sabios. No obstante, la religión no tiene prevalencia, no domina la vida de las personas. No hay esa “tensión entre Dios y el hombre”, característica esencial de la Edad Media, según Jacques Le Goff. La excepción a esa regla aparece en la temporada quinta, en la cual irrumpe una autoridad eclesiástica, el Gorrión Supremo, para imponer la moralidad. Parece más un asunto de poder que un conflicto religioso. De todas maneras, se resuelve muy pronto con el fuego valyrio y no volverá a ser un problema ni un tema de la serie. De hecho, lo que habíamos visto hasta entonces, un alto consejero regentando un burdel y el hermano del rey, Tyrus Lannister, un enano sibarita y brillante estratega militar, con sus amantes prostitutas y sus disertaciones libertinas, nos hacían sentir más en la corte de Luis XIV o en la Roma del *Satiricón*. Por cierto, en la frontera norte de Poniente, hay una muralla de hielo que separa a los siete reinos de los Caminantes Blancos, muertos vivientes, zombies, que se constituyen en una amenaza permanente. Resulta obvio asociarla a la muralla de Adriano, límite entre la civilización y la barbarie. El mapa de Poniente se parece al de Inglaterra y Essos, el otro continente, evoca al Levante mediterráneo y al norte de África.

4

No pretendo hacer una comparación entre la realidad histórica y *Juego de tronos*. Se trata de una obra de ficción, de un universo inventado,

autónomo, en el que los inviernos pueden durar muchísimos años. Debemos juzgarlo a partir de sus propias coordenadas, que incluso son distintas a *Canción de hielo y fuego*. Como es sabido, a partir de la sexta temporada, sus guionistas, Benioff y Weiss, siguieron su propio camino: la dinámica y el éxito de la serie habían rebasado la capacidad productiva de Martin. Es célebre su respuesta cuando lo apuraron para que terminara un nuevo libro de la saga: “Si me presionan, mato al enano”. En fin, lo que vemos en la serie es una miscelánea histórica: un poco de cada época, una pizca de religión, algo de política y de historia, de épica, fantasía y, por qué no, de mito. Un producto bizarro y, por momentos, desbalanceado. Encandila a primera vista, y ya apreciado en detalle, muestra sus costuras. Que un caballero feudal termine en una orgía romana o en intrigas renacentistas, vaya y venga, se acepta, son las reglas del juego, y no están mal para un juego de tronos: la dinámica del poder poco ha cambiado a lo largo de los siglos. ¿Pero que la épica relegue al mito a simple decorado? Eso ya es más difícil de aceptar.

5

La lucha y las intrigas por el trono, las batallas sucesivas que apuntan a una gran batalla final y a la unción de un nuevo rey (o reina), el sustrato épico y terrenal de la historia, que predomina, se encuentran muy bien estructurados. No así la parte espiritual, el lado invisible, la religión, las brujas, los dioses y las resurrecciones: Melisandre y El Señor de la Luz. Aunque debemos reconocer cierta belleza, cierta y auténtica emoción metafísica con los temas de La Guardia de la Noche y los Caminantes Blancos.

6

Las grandes narraciones conectan a este mundo con el otro. Desde ese punto de vista hay que reconocer que *Juego de tronos*, así no lo alcance del todo, lo intenta. Es ambiciosa. Algo inusual, si tenemos en cuenta que es televisión, cultura de masas. En el fondo, ¿de qué va el asunto? ¿Recuperar el Trono de Hierro o evitar que reine la oscuridad? ¿Una historia humana, demasiado humana, o una historia

Sospecho que la razón profunda por la cual millones de espectadores en el mundo nos enganamos con esta serie y esperamos ávidos el lanzamiento de cada nueva temporada, tiene que ver con pasiones más básicas: el odio, la sed de venganza, la justicia por mano propia.

mítica? ¿Daenerys Targaryen o Jon Snow derrotarán a Cersei Lannister? ¿La anunciada batalla final será entre Jon Snow, el resucitado, y los Caminantes Blancos? De ser lo último, tendríamos una lucha entre la luz y las sombras, entre el orden y el caos. Cuentan que Martin aceptó que su saga fuera adaptada en la pantalla chica luego de hacerle la siguiente pregunta clave a Benioff y a Weiss: ¿quién es la madre de Jon Snow? Si era hijo de Rhaegar Targaryen, tenía sangre de dragón y se cumplía la profecía: era Azor Ahai, “el príncipe que fue prometido” y el que iba a evitar que reinara la oscuridad. La trama puede dar un giro mítico o un giro épico (escribo este artículo cuando corre el episodio dos de la séptima temporada; la octava y última, será en 2018). Martin quedó satisfecho con la respuesta y dio luz verde al proyecto. Los guionistas habían entendido y no traicionarían su creación. Sin embargo, en esta historia, que terminó escribiéndose simultáneamente con el *rating*, el desenlace es impredecible. Y ya no estamos bajo el control de Martin ni de los guionistas, sino del *rating*, me atrevería a decir.

7

Lo mítico y lo épico —la escena de la Guerra de los Bastardos es extraordinaria— le dan una aureola de distinción a *Juego de tronos*. Sin embargo, sospecho que la razón profunda por la cual millones de espectadores en el mundo nos enganamos con esta serie y esperamos ávidos el lanzamiento de cada nueva temporada, tiene que ver con pasiones más básicas: el odio, la sed de venganza, la justicia por mano propia. Arya Stark, uno de los personajes sobrevivientes —hasta ahora— se ha preparado largamente para vengar a sus familiares asesinados. Ha padecido exilio, soledad, dolor, humillación, pero será recompensada. Esa es la promesa narrativa que nos hacen. El



comienzo de la séptima temporada es un anticipo de ese anhelo. “¿A qué has regresado?”, “A matar a la reina”. Las risas que provoca la respuesta de Arya entre unos caminantes aumentan nuestra complicidad: nosotros sabemos lo que ellos ignoran, no hay tal muchacha frágil y desvalida. Se ha preparado largamente para eso. Entretanto, ha habido ensayos generales para la venganza final. Durante varios capítulos habíamos visto como Theon Greyjoy era torturado sin compasión —más allá de los límites que podíamos soportar— por Ramsey Bolton, hasta el punto que su muerte produjo un gran alivio y, como siempre, una gran cantidad de comentarios en las redes sociales. Sí, parece haber una línea directa entre el público y el equipo de guionistas.

La sumisa de Sansa Stark, abusada sexualmente, se convierte en otra vengadora. Daenerys Targaryen lo es por herencia: tiene que recuperar el Trono de Hierro usurpado a su padre y a su hermano. La batalla final por el Trono de Hierro apunta a resolverse —según lo visto hasta ahora— con un triunfo de “los buenos”, con bajas sensibles en sus bandos. En todo caso no habrá un final ambiguo al estilo de *Los Soprano*, ni todos quedarán desparramados en el piso como en una tragedia shakesperiana. Del otro lado, Cersei Lannister, la reina ilegítima, la poseedora del trono y el objeto de venganza, tiene a su vez motivos para vengarse: ha perdido a sus hijos. También es una víctima. Y también despierta simpatías, aunque tenga una relación incestuosa con su hermano y se aferre al poder sin ningún escrúpulo: “Las lágrimas no son la única arma de una mujer. La mejor está entre sus piernas. Aprende cómo usarlas”. Es otro personaje malvado con carisma, como nos tienen acostumbrados las mejores series de televisión, retomando a Ricardo III.

Incesto, castración, felaciones, homosexualidad masculina y femenina, violencia, parricidio, envenenamiento, traición, crímenes, violaciones, decapitaciones, venganza y odio se dan silvestres. Es un mundo ficticio, lejano, irreal, en el que no obstante pueden vivirse vicariamente, y a plenitud y sin culpas, todos los excesos. Transgredir lo políticamente correcto, ese ha sido el gran atractivo de las mejores series. En *Juego de tronos*, Ned Stark, el personaje que parecería ser un modelo de conducta, cruza líneas prohibidas: “La sorprendente decapitación pública de Ned Stark (Sean Bean), el señor de las tierras del Norte, en la atribulada parte central de la primera temporada, no deja de rimar con la primera ejecución que él mismo se ve obligado a cumplir en el capítulo inicial, todo ello para recordarnos que las exigencias de violencia en el contexto parahistórico de la trama no excluyen a quienes se postulan como paladines de la moderación y la honestidad en el comportamiento” (Pérez y Balló, 2015).

En *Juego de tronos* no falta la humillación y el maltrato a la mujer, pero estas tienen un rol protagónico, decisivo para resolver la trama. Que va de lo terrenal —la batalla final va a decidirse gracias a ellas— a lo supraterrrenal: Daenerys camina sobre el fuego y Melisendra puede revivir a los muertos. Nos encontramos con otra gran variedad de mujeres en papeles secundarios, pero no menos importantes. Catelyn Stark, además de madre protectora, es versada en política y sus opiniones muchas veces son más sensatas que las de su marido; Ollena Redwyne, una anciana de aspecto frágil, es capaz de hacer lo que sea necesario con tal de proteger a su familia: “Muchos morirán sin importar lo que hagamos... mejor ellos que nosotros”; Margaery Tyrell es inteligente y astuta como su abuela Ollena: “A veces la severidad es el precio que pagamos por la grandeza”; Brienne de Tarh, ambigua en su género, posee un carácter arrollador: “Tienes una prueba... una prueba del mundo real donde a la gente le quitaron cosas importantes, y lloras y te rindes. Tú lloras como una maldita mujer”; Lyanna Mormont, una niña de diez años que en sus pocas y breves apariciones se vuelve memorable. Quizá no se trata de feminismo, sino de empoderamiento. Mujeres fuertes, mujeres que le dicen a los hombres, como Ygritte, la salvaje: “No sabes nada, Jon Snow”. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.

Bibliografía

Cuéllar, José Manuel (2015). La Guerra de las dos Rosas, posible inspiradora de *Juego de tronos*. Recuperado de: <http://www.abc.es/cultura/20150611/abci-guerra-rosas-posible-inspiradora-201506101838.html>
 Pérez, Xavier y Balló, Jordi (2015). *El mundo, un escenario*. España: Anagrama.